

# DAHLIA DE LA CERDA

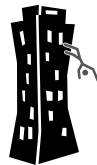
## Desde los zulos

narrativa **sexto**piso





**Desde los zulos**  
DAHLIA DE LA CERDA



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © DAHLIA DE LA CERDA, 2023

Primera edición: 2023

Imagen de portada

© ABRIL CANTO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2023

América 109

Colonia Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Corrección

GABRIELA LARA

Formación

REBECA MARTÍNEZ

ISBN: 978-607-8895-13-7

Impreso en México

Me falta imaginación dices.  
No. Me falta el lenguaje.  
El lenguaje para clarificar  
mi resistencia a las letradas.  
Las palabras son una guerra para mí  
amenazan a mi familia  
Para ganar la palabra  
para describir la pérdida  
tomo el riesgo de perderlo todo.

CHERRÍE MORAGA

Los padres blancos nos dijeron «pienso luego existo».  
La madre negra que todas llevamos dentro,  
la poeta, nos susurra en sueños: Siento, luego puedo  
ser libre.

AUDRE LORDE

Sin el sur sería una advenediza.

HOURLIA BOUTELDJA



## INTRODUCCIÓN

Escribo para las que no tienen cuarto propio. Para las que escriben con la cría pegada en la chiche y para las que no escriben porque tienen a la cría pegada a la chiche. Escribo para las que teorizan mientras lavan los trastes. Para las que teorizan mientras lavan la ropa. Para las que teorizan mientras venden tamales en un barrio precarizado. Porque pensar en lo injusto que es el modelo económico mientras vendes de chile y de verde, también es teorizar. Escribo para las que perrean sucio y hasta abajo. Escribo para las que riman en su lengua materna en protesta a la imposición del español. Escribo para las que no leen a señores blancos que quieren explicar el mundo sin haberse ensuciado los zapatos. Escribo para las que abortaron mientras trabajaban doce horas en una tienda de zapatos. Para las que abortaron a espaldas del Estado y de su papá cristiano y de su esposa provida.

Escribo para las que dicen «haiga». Escribo para las que agregan «nos» al final de todos los verbos. Íbanos y veníanos. Escribo, sobre todo, para las que no quieren ni hablar ni escribir el español como lo indica la Real Academia de la Lengua.

Escribo para las que no tienen cuarto propio. Para las que tienen la libreta y la pluma sobre la mesa de la cocina porque mientras molcajetean la salsa se les vienen las ideas más brillantes. Escribo para las que escriben con faltas de ortografía y para las que aprendieron a rimar escuchando a raperos callejeros. Para las que se olvidaron del cuarto propio porque tenían que trabajar para los hijos y para los padres y para la vida. Escribo para las que escribir es una cuarta o quinta jornada

laboral, pero se la rifan porque las palabras son un acto político, el acto político de las desposeídas.

Este texto lo escribí sin cuarto propio. Lo escribí en los tiempos muertos de mi trabajo de oficina y mientras se completaba el ciclo de la lavadora. Lo escribí en la cocina de mi casa y en las escaleras de mi patio. Lo escribí sentada en la taza del baño y lo escribí mientras las lágrimas no dejaban de salir y escribía porque el psiquiatra me dijo que golpear gente no era una buena forma de sacar mi rabia. Lo escribí sentada en el tianguis donde trabajé por años vendiendo ropa de segunda para llegar a fin de mes. Lo escribí, también, en la ruta 2 rumbo al centro de salud mental.

Si este ensayo tuviera olor, olería a jabón Zote y Pinol. Si tuviera sabor, sabría a jitomate y cebolla y chile de árbol y nopales asados. Si tuviera sonido sonaría el chaca-chacha-chaca de la lavadora y Los Acosta de fondo. Lo escribí sin cuarto propio y entre cuartilla y cuartilla me daba mis tiempos para bailar las de Wisin y Yandel. Las de Ivy Queen y las de Tego Calderón. Esto no es anecdótico. Es político.



## 1. FEMINISMO SIN CUARTO PROPIO

*Para las que emergen de los zulos*

En 2015 conocí a Itziar Ziga. Itziar en ese momento era mi escritora feminista favorita. Su libro *Devenir perra* cambió mi postura sobre el feminismo. Se lo dije. Mientras me firmaba el libro *Un zulo propio* le conté que *Devenir perra* fue el libro que me llevó a asumirme como feminista. Se paró y me abrazó. Fue un momento muy emotivo. Luego vino la epifanía. Me escribió como dedicatoria: Para las que emergen de los zulos.

Virginia Woolf decía que para que una mujer escriba es necesario un «cuarto propio», un espacio que signifique independencia y autonomía. Desde Woolf la figura del cuarto propio ha sido un tema recurrente en la trama de la teorización feminista. El cuarto propio es el lugar deseable y la aspiración de toda escritora que sostiene la causa. El cuarto propio es la meta porque significa no solo que puedes escribir, sino que lograste emanciparte lo suficiente para conseguir un lugar desde dónde escribir. El cuarto propio es el lugar desde donde se escribe. Es tiempo. Es dinero. Son privilegios de clase y raza y epistémicos. Y es, también, un consenso general que toda escritora que quiere tener una obra fructífera debe hacerse de uno.

El cuarto propio era incuestionable hasta que llegó la escritora chicana Gloria Anzaldúa y puso los puntos sobre las íes:

«Olvídate del "cuarto propio". Escribe en la cocina, enciérrate en el baño. Escribe en el autobús o mientras haces filas

en el departamento de Beneficio social, o en el trabajo durante la comida, entre dormir y estar despierta. Yo escribo hasta sentada en el escusado. No hay tiempos extendidos con la máquina de escribir a menos de que seas rica, o que tengas un patrocinador (puede ser que ni tengas una máquina de escribir). Mientras lavas los pisos o la ropa escucha las palabras cantando en tu cuerpo. Cuando estés deprimida, enojada, herida, cuando la compasión y el amor te posea. Cuando no puedas hacer nada más que escribir».

Un zulo, según Wikipedia, es un agujero o un escondite o un recinto clandestino. Un zulo es algo que no es un cuarto propio. Un cuarto propio no tiene por qué ser una habitación exclusiva para que una mujer escriba. Un cuarto propio también son los privilegios que ayudan a que la mujer escriba. Una jornada laboral de menos de ocho horas es un cuarto propio. Dinero y tiempo para ir a un café a escribir es un cuarto propio. Silencio en casa es un cuarto propio. Una mesa y una computadora es un cuarto propio. No compartir la vivienda con diez personas es un cuarto propio. Tener quién te cuide a las crías para arrastrar la pluma es un cuarto propio.

El zulo es la antítesis del cuarto propio. Un zulo es la banca de un parque. Es la computadora prestada. Es la taza del baño y es la azotea de la casa. Un zulo es el lugar desde donde escriben las desposeídas. Las que tienen cuatro jornadas laborales. Las que no tienen quién arrulle a la cría para que ellas arrastren el lápiz. El zulo son las alcantarillas y los bordes.

Desde luego que Ziga no sabía que yo quiero ser escritora ni que escribo. Pero vio en mi mirada la rabia que tenemos las que viven en las alcantarillas. A ese reconocimiento entre criaturas marginadas la feminista chicana Chela Sandoval lo llama «metodología de las oprimidas» y la poeta negra Audre Lorde «el mirar profundo». Es la capacidad de reconocer en las otras y otros la marca de la marginación y la marca de la

resistencia. Entonces supo que yo era una habitante de un zulo y que iba a emerger desde ahí.

Pero yo sí sé lo que quiero. Quiero ser escritora. Pero no cualquier tipo de escritora. No quiero ser la escritora que escribe contemplando la calamidad desde un café en una colonia llena de árboles y calles como de postal, pero sin que el horror la toque porque lo contempla a través de la nota roja. No quiero ser la escritora que se va al extranjero a especializarse en literatura creativa y escribe novelas con estructuras perfectas. No quiero ser la escritora elogiada por la crítica porque blanquea a los personajes marginados. No quiero escribir sobre putas que son ávidas lectoras ni sobre drogadictas que se drogan en ceremonias de ayahuasca. No creo tampoco que esté mal especializarse en literatura creativa ni escribir desde un estudio en una colonia de clase media alta. Hay mil caminos, pero ese no es el mío. Mi camino es el borde del abismo. Mi casa son los zulos. Emergí de un zulo y mi compromiso político es escribir desde y para mi lugar de ebullición.

Mi mamá creció en una comunidad de tres mil habitantes en la sierra de Jalisco. Allá donde no hay pavimento y los techos de las casas son de teja, donde las señoras se encariñan con los puercos destinados a ser sacrificados para las fiestas de mayo y los cuidan como hijos y que se chingue el guateque. Donde todos se conocen y todos saben la vida y señales de todo mundo y con la misma severidad que se juzgan, se ayudan en tiempos difíciles. Lo más cercano que encontró mi mamá a la comunidad fueron los barrios, entonces crecí en barrios populares. Crecí entre paredes sucias y danzantes y murales de la virgen de Guadalupe en cada esquina. Vi de primera mano la violencia y la desigualdad y la marginación. Y, como dice Cancerberero, el barrio no pasó en vano.

Mi jefa tiene muy arraigada la creencia de que una puede escalar en la jerarquía social chingándole machín. Progreso. Dinero. Progreso. Dinero. Dinero. Y un símbolo de progreso era inscribirme a colegios de monjas que en aquel entonces eran símbolo de estatus. Como tengo lo que se conoce en los

estudios raciales como «pasar por blanca», que no significa otra cosa que no ser una persona racializada, es decir, indígena o afrodescendiente o asiática, mi mamá pensó que ya tenía la mitad de la vida social escolar resuelta. Pero se equivocó. Mi código postal era motivo suficiente para vivir todo tipo de discriminación clasista. Yo no fui la niña a la que los niños le jalan el pelo para llamar su atención. Los niños no se escondían debajo de la escalera para ver mis calzones ni me subían la falda. En la primera infancia no conocí la violencia a través de la discriminación sexista ni de la violencia de género. Yo era la niña a la que llamaban gata, naca, corriente, qué haces en mi colegio si eres pobre. Mi primera otredad fue la naquitud y no la mujeritud.

Las mujeres (de ciertos contextos), desde que somos muy pequeñas —de hecho, hay teóricas feministas que afirman que desde que el médico dice «es una niña»— somos adoctrinadas con toda una serie de estereotipos acartonados y expectativas de lo que debe ser una mujercita. Libros recientes como *Valientes e imperfectas* y *Rabia somos todas* abordan el tema de cómo la socialización «femenina» del ser recataditamesuraditaperfectalimpia princesa dulce afecta en el desarrollo psicossocial. Y cómo las mujeres que se salen del molde de la dulce princesa son patologizadas o llamadas mandonasiracundastiranas y malas. Este debate no es nuevo en el feminismo. Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* hizo un extenso análisis de las diferencias en la crianza que se da a una hembra humana y a un macho humano y cómo eso influye en el desarrollo de la personalidad, el habitar el mundo y en cómo el mundo te trata. Aunque estos análisis son originados en el feminismo blanco y relatan la experiencia de las mujeres/niñas blancas, que pasan por blancas o que están en procesos de blanqueamiento, sí definen la socialización de muchas mujeres. Aunque yo no lo llamaría socialización femenina, sino socialización femenina blanqueada/blanca.

Nunca me sentí identificada con la feminidad hegemónica: a mí me gustaba andar en bicicleta y adoptar sapos y jugar

juegos de pelea en las maquinitas. Tampoco me gustaba usar el cabello largo ni los moños ni los vestidos ni los zapatos de charol. Ni bañarme. Pero no es algo que pudiera decir a mis compañeras de escuela porque para encajar un poco tenía que fingir que me gustaba jugar con Barbie: de nuevo la feminidad *blanca/blanqueada*, que no solo es sexista, sino que está interceptada con la raza y la clase. No basta con ser una dulce princesa, hay que ser una dulce princesa con los modales del colono. Aunque nunca me sentí identificada con el modelo colonial de la hija del colono, fui socializada en la feminidad hegemónica/blanqueada y durante mis primeros años escolares viví en silencio las palabras hirientes de mis compañeras de clase. Me tragaba la rabia y llegaba a llorar a mi casa. Lo sufría en silencio. Me sentía tan avergonzada que me daba pena contarle a alguien que me decían pobre y naca, tenía claro que ser naca y empobrecida no tenía nada de malo, pero me hería que lo usaran como insulto.

Mi suerte cambió cuando me tragué completo un aromatizante de baño en berrinche porque mi papá no me dejó adoptar un gato callejero. Mi papá me llevó de emergencia a la farmacia del barrio. Era una pequeña botica que se sostenía de cobrar veinte pesos por consulta y vender medicamento controlado a los cholitos del barrio. Ahí conocí a Ivone, la hijastra del médico. Hicimos click de inmediato. Ella también hacía toda clase de cosas radicales, como tomar cloro, para conseguir lo que quería. Le gustaba jugar bote pateado y a los tazos y se robaba dos pesos del dinero de las tortillas para las maquinitas. Me invitó a quedarme a dormir en su casa y lo que era una pijamada de fin de semana se convirtió en grandes temporadas de vivir en su casa y solo ir a la mía de visita o de entrada por salida.

Ivone vivía en una vecindad en una colonia periférica. Sus vecinos eran usuarios problemáticos de drogas y trabajadoras sexuales y adolescentes en conflicto con la ley y una familia de

rarámuris. Su casa eran dos cuartos. En un cuarto estaba la estufa y el refri y una mesita. En el otro cuarto dos camas y una litera y una sala. Había chinches. Muchas chinches. Ivone era de las privilegiadas de la vecindad porque tenía baño propio, el resto de habitantes lo compartían. Me presentó a sus amigas y se convirtieron en mis amigas. Eran hijas de trabajadores de la construcción y trabajadoras sexuales y empleadas del hogar y vendedoras de ropa de paca en los tianguis. Además de que eran increíblemente divertidas y empáticas y solidarias, me gustaba mucho la relajación social. Ahí no tenía que fingir ser alguien que no soy ni cumplir con acartonados modelos de género. Podía ser sucia y grosera y enojona y nadie me juzgaba por ello.

Durante mi infancia y adolescencia en las mañanas convivía con niñas blancas o atravesadas por procesos de blanqueamiento y de clase alta o media alta que comían con modales finos y que la palabra más petarda que usaban era «tonta». Niñas que no gritaban, que se contenían. Que de tanto contenerse eran pasivoagresivas. Que eran unas verdaderas princesas odiosas y clasistas, pero princesas. Y en las tardes con morritas prietas que bailaban cumbias y se sentaban a mirar a los danzantes ensayar mientras comían con malos modales duros preparados. Morritas con ropa sucia porque habían trabajado en el tianguis o lavado tres cargas de ropa.

Hago la distinción entre niñas y morritas no solo para marcar la diferencia entre la clase y la raza sino como semillita de algunos aportes teóricos que compartiré más adelante, aportes teóricos de la feminista María Lugones. Ella sostiene que la «mujer» es blanca; que las negras y de color siempre han sido consideradas como lo otro, como las bestias. Pero hago la distinción como un lugar de pertenencia y de reivindicación. Yo soy una morra y luego seré una doña. Qué perra pereza ser una señora.

*Todo esto pareciera anecdótico, pero no lo es. Es político. Porque lo que una vive en la infancia y en la adolescencia marcan el carácter y porque cada vez que alguien me pregunta por qué*

veo cosas que otras feministas no ven, cómo es que consigo llegar a ciertas conclusiones o tener tanta claridad mental y pulcritud de pensamiento contesto: porque me sobra barrio. Es verdad. Las que emergemos de los zulos, las que sabemos que la desigualdad se puede analogar con una sopa de fideo, tenemos la claridad mental que no dan los libros. Tenemos la claridad mental que te da rifártela en la vida loca. Jamás será lo mismo aprender de desigualdad social leyendo a Marx mientras comes tres veces al día, que trabajando doce horas para comer dos. La experiencia orgánica es la experiencia orgánica. Y no es anecdótico, es político, porque las personas nos hemos tragado tanto el cuento de la blanquitud y el aspiracionismo burgués que los lugares que reivindicamos siempre tienen que ver con lugares que nos den caché. Por eso presumimos que leemos a Cortázar, pero no *El Libro Vaquero*. Por eso presumimos en redes sociales cuando comemos un ramen de diseño, pero no un bolillo con crema. Presumimos nuestros lujos y triunfos, pero no nuestras derrotas y rincones sucios. Presumimos todo lo que nos dé blanquitud, porque desde luego la blanquitud tiene beneficios en un sistema racista.

A mí me interesa reivindicarme desde lo otro. Desde el ritual de escritora que no incluye whisky sino gorditas de chicharrón verde y una Coca-Cola de vidrio, desde la deuda que no acababa ni con cuatro jornadas laborales. Me interesa reivindicar las enseñanzas que me dejó trabajar en el tianguis, en la fábrica y en el *call-center*. Del ir a pedir fiadas las croquetas de mis bestias, del contemplar el horror sentada en la banqueta de un barrio bravo y no desde la Nota Roja sentada en el café de moda, de que duré tres meses para terminar este ensayo porque tuve que empeñar mi laptop en el Monte de Piedad. Para mí es importante que se sepa que viví en un barrio y que sentada debajo de un mural de la virgen de Guadalupe escuchando a mi amiga contar cómo su tío abusaba de ella, mientras de fondo sonaban Los Temerarios, entendí que el mundo era un lugar muy hijo de perro para las mujeres, sobre todo las de los zulos. Me interesa reivindicar que mi esposo y su familia

—que ahora es mi familia— habitaron en un pie de casa en obra negra y que en esta familia periférica encontré un refugio a la crueldad del mundo. La multiformidad de la opresión y todas las caras de la violencia no me la enseñaron los libros, me la enseñó el barrio, y por eso me interesa posicionar sus saberes más allá del exotismo académico. Me enuncio desde aquí en honor a mi infancia, a mis amigas, a mi familia y en protesta a quienes criminalizan, bestializan y se burlan desde el clasismo de estas esquinas del mundo, pero también como parte de mi compromiso con la traición a mi blanquitud y el aspiracionismo burgués.

En el barrio aprendí que la desigualdad se puede análogar en una sopa de fideo. Los marxistas y personas de izquierda dicen que solo existen dos clases sociales: los de arriba y los de abajo, y que burgueses son «los que tienen los medios de producción». A esto le llamo fragilidad burguesa, que es la incapacidad de las clases sociales privilegiadas para reconocer sus privilegios de clase bajo un argumento teórico. Me suscribo al concepto de que los burgueses son de la clase media acomodada hacia arriba, entonces cuando digo burgueses no solo me refiero a los dueños de los medios de producción sino también a todas las personas de clase media acomodada y clase media alta.

Pero volvamos a la idea de la sopa. Me explico: la mamá de Ivone se iba los fines de semana a trabajar fuera de la ciudad y nos dejaba veinte pesos para comer. Ivone hacía la sopa de fideo con un consomate + pasta. Otra de mis amigas del barrio la hacía con jitomate y cebolla y pasta. Y la nana, porque quién cocina en tu casa también es político, de la única niña con la que hice amistad en el colegio la hacía con caldo de pollo y jitomate y cebolla y consomate y verduras. La desigualdad es multiforme porque las opresiones y el lugar que ocupas en el modelo económico también lo es y cómo y qué y quién prepara/s una sopa de fideo dice mucho de qué lugar ocupas en la matriz de opresiones. Esto pareciera una obviedad, sobre todo si viviste precariedad, pero hay gente que no lo entiende.